

ARL  
176



M-397  
F-81

# ESTADO MAYOR GENERAL DEX

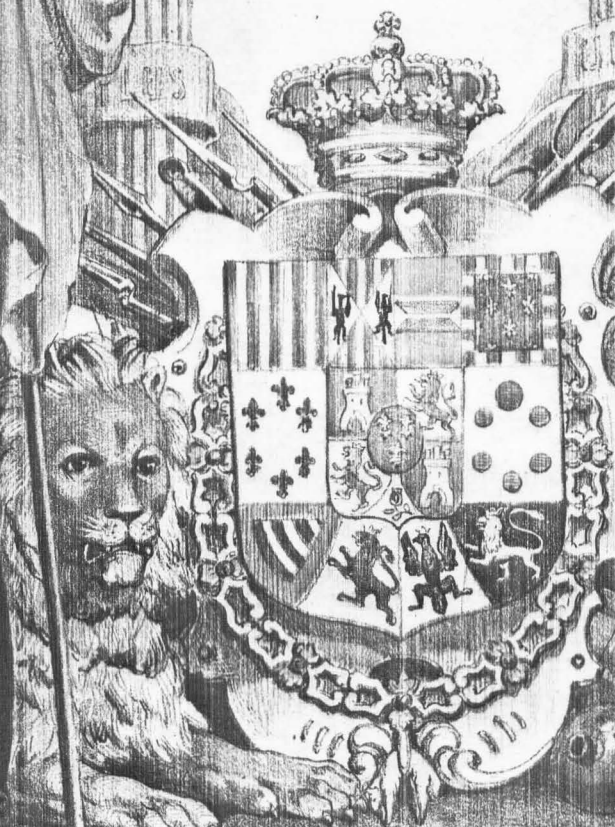
REGIMIENTO ESPAÑOL

HISTORIA INDIVIDUAL DE SU CUADRO

EN LOS AÑOS DE 1851 A 1856.

Redactada bajo la direccion

DE D. PEDRO CHAMORRO Y BAQUERIZO.



SECCION DE TENIENTES GENERALES





B. Blanco dib. y lit.

Lit. de. J. M. de. M. de. M.



J. M. de. M. de. M.  
Adams



## EL TENIENTE GENERAL

# D. JUAN ANTONIO ALDAMA.

—Su antigüedad 13 de octubre de 1838—



**ASTILLA**, madre de tantos varones esclarecidos lo es también del TENIENTE GENERAL ALDAMA, que nació de noble familia en Villarcayo el 20 de julio de 1787. Fueron sus padres el Magistrado D. Juan Antonio y Doña Genara Prudencia de Irabien, ambos de Quejana en el valle de Ayala, provincia de Alava. Después de una esmerada educación entró de cadete á fines de 1802 en el regimiento de caballería de Calatrava, y concurrió á varios sucesos de la guerra con los ingleses y sitio de Gibraltar.

1803.—A la entrada de los primeros cuerpos del ejército francés se hallaba en Burgos, y mal avenido con los cumplidos y atenciones hacia los Mariscales, cuyas intenciones, por conocer su idioma, entreveía, aprovechó una buena coyuntura para trasladarse á Almagro guarnecido por parte de su regimiento.

Se había organizado allí una junta patriótica con la que hubo de transigir su nuevo gobernador Dansvilly. ALDAMA se granjeó la confianza de aquella en tal manera, que en medio de la inferioridad de su grado, el mismo gobernador le adulaba como persona temible y materia dispuesta para todo extremo.

Había interceptado la junta mucha correspondencia á los invasores cuando acertó á pasar por Almagro un oficial de la Guardia Española llamado Morfi, que desde Madrid llevaba ocultos pliegos al ejército de Dupont, que estaba en Andalucía: los suspicaces paisanos le descubrieron, le asesinaron y se apoderaron de los papeles que unidos á la correspondencia citada confiaron á su favorito CADETE para que los condujera á la Junta Central, recién formada en Sevilla.

Hizo este servicio solo, atravesando las sierras y burlando los varios puestos franceses, que ocupaban todos los caminos: en Porcuna entregó los paquetes al general Castaños, que organizaba un ejército; le narró el estado del interior, y tuvo por premio los plácemes del general y un abrazo de Reding. Se unió á un escuadrón de su cuerpo, que desde Portugal á donde le había llevado Junot á los comienzos, se había venido espontáneamente, y asistió á la victoria de Bailen.

Con el mismo escuadrón y haciendo de ayudante de órdenes marchó á los Puertos, escoltando prisioneros, y á la entrada de las Cabezas de San Juan cayó con su caballo por un derrumbadero y se rompió un brazo, en cuya situación siguió su servicio y le completó.

Corría entonces el mes de setiembre y recibió su primer ascenso de alférez del regimiento de caballería de España, al que se incorporó cuando venía de la retirada de Navarra á hacer parte del ejército del Centro. Entró con él en las batallas de Tribaldos Uclés, Santa Cruz de la Zarza, sorpresa de Mora, encuentro de Consuegra, donde mandando en las guerrillas se le graduó de teniente sobre el campo: en el de Fuente del Fresno, y en la sangrienta retirada de Ciudad Real.

1809.—En 22 de febrero salió por elección el teniente ALDAMA á alférez de la brigada de Carabineros Reales; uniéndose á ella y ejército de Estremadura, y concurrió á la batalla de Talavera.

De resultas de ella quedó la Real brigada en cuadro, y se fué á la Mancha, enviando al alférez con otros al depósito establecido en Utrera en busca de tropa con que hacer el reemplazo; á tal ocasión debió no hallarse en la derrota de Ocaña. La brigada se retiró á Jaén; allí ALDAMA hizo entrega del contingente que pudo reunir, y volvió á Utrera por mas tropa, cuando no-

ticioso de haber entrado los franceses en Andalucía y al replegarse con su depósito, como lo hicieron los demás en dirección de Gibraltar, llegó orden de la Junta de Sevilla para que todas las fuerzas, mas ó menos útiles, reforzasen el ejército del duque de Alburquerque. Ocupó este la Isla de Leon y en breve fué atacado por el Mariscal Victor, que cerró todas las entradas: por ello ningún destacamento pudo alcanzar la Isla sino el de ALDAMA que marchando por trochas y veredas, sorteó los fuegos ya establecidos entre ambos ejércitos.

1811 á 1814.—Sufrió todas las vicisitudes de aquel memorable sitio, y á principios de 1811 pasó en el navio San Telmo á Alicante, para incorporarse á su cuerpo que combatía, con el ejército del Centro, en Murcia.

Presentóse en Totana á la division de caballería de vanguardia, y sin apearse de su fatigado caballo, tomó el mando de la primera guerrilla que marchaba á embestir á los enemigos, que en aquel momento venían sobre el pueblo, contuvo é impuso á las fuerzas superiores del enemigo, con muerte de muchos y del capitán que las mandaba, sobrino de Sebastiani.

En 9 de marzo ascendió á teniente (capitán de ejército) de la Brigada Real con la que se halló en la acción de Baza, retirada de Guadix, encuentro de la venta del Baul, expedición de Huelna, Olbera, choques de Caravaca y Velez Rubio, con otros que produjeron las demás operaciones sobre el Tajo.

Director de la Academia de distinguidos, ascendió por elección en 6 de diciembre de 1813 á segundo ayudante de su Real cuerpo, ó sea á teniente coronel, y marchó á Osuna á reorganizarle porque estaba en cuadro, como que desde el origen de la guerra en que intervino en no interrumpidas operaciones, no se le había reemplazado por su peculiar privilegiada manera de hacerlo.

En 21 de noviembre de 1814 ascendió ALDAMA á ayudante mayor, como coronel vivo de caballería con sueldo y antigüedad de tal y de capitán de la brigada de Carabineros Reales: y con este grado alcanzó el término de la guerra de la Independencia á los 26 años de edad.

## II.

1815 y 1816.—Destinado en esta época á la expedición de Ultramar que mandó el general D. Pablo Morillo, aun cuando al embarcarse para América debió obtener el coronel ALDAMA el grado de brigadier, no le alcanzó sin embargo á consecuencia de una Real orden que con el objeto de cortar algunos abusos se espidió en aquella sazón. Dispúsose entonces que no se reconociesen dichos grados mientras no constase la presentación de los agraciados en primera revista en los cuerpos á que fuesen destinados, y por esta razón marchó ALDAMA á Costa Firme en una polacra Ibicena de mero coronel, cuyo incidente le acarreó notable atraso en su carrera como veremos luego.

Nombrado coronel del regimiento de Dragones de la Union, tan pronto como desembarcó en la Guayra el coronel ALDAMA, siguió por Caracas á Cumaná á posesionarse del mando de su cuerpo, uno de cuyos escuadrones se encontraba en el Perú y la restante fuerza en la Isla Margarita.

La resistencia había tomado en esta muy sangrientas proporciones: empezó por asesinar simultáneamente á los destacamentos que la guarnecían, verificándolo Arizmendi, general indultado por Morillo, con el que mandaba un capitán de Barbastro,



huesped suyo en el pueblo del Norte. Sacóle despues de comer con apariencia de amistad á donde estaba asesinada su fuerza y colocados los cadáveres en correcta formacion y alli le sacrificó despiadadamente negándole hasta los auxilios espirituales.

En tan grave situacion se trasladó ALDAMA á la Margarita, donde hubo de ponerse inmediatamente al frente de las operaciones por imposibilidad de su gobernador el brigadier D. Juan Bautista Pardo, quien no conservaba mas que su capital la Asuncion, con el puerto de Pampatar á distancia de dos leguas, y el total de las fuerzas que mandaba no excederia de 400 hombres.

Bloqueada la Asuncion por los numerosos rebeldes de la Isla, y sin poder adquirir otras subsistencias que las que llegaban de Costa Firme por Pampatár, era preciso al conducir las librar diariamente combates en defensa de los convoyes que siempre se salvaron. Tan aflictiva situacion se prolongó por espacio de muchos meses, haciéndose cada vez mas desesperada la de aquellos soldados que en una guerra sin cuartel y estando de permanente servicio, dieron ocasion á los mas heroicos hechos que referirse pudieran.

1817 á 1819.—Era el dos de mayo de 1817: acabada la salva en conmemoracion del glorioso recuerdo de tal dia rompieron los insurgentes la de su bateria titulada Libertad, situada en un mogote frontero al castillejo que ocupaban nuestras tropas, con grande algazara de denuestos y amenazas de que pronto serian todos degollados porque habia llegado su libertador Bolivar con grandes fuerzas. Esta noticia que confirmaba la que tenia la gente española de que en la Isla de Santo Domingo y Callos de San Luis se organizaba una grande expedicion mandada por Bolivar, despertó los temores y avivó los ingenios. ALDAMA, maliciando lo cierto, sin perder instante y de acuerdo con el gobernador, dispuso con todo sigilo clavar y desmunonar los pocos cañones del fuertecillo é inutilizar las municiones que, á falta de caballeria no se pudieran llevar á hombros por la poca tropa; y en la misma noche, sin que ni ella lo entendiera, sacándola de los puertos donde hacia perpétuo servicio la puso en marcha á Pampatár. Salvóse así de aquel riesgo la guarnicion de Margarita por la inapreciable prudencia del que imaginó y realizó esta operacion, pues de lo contrario hubiera sido sacrificada dentro de la capital, hallándose, como se hallaba, cerrada por todas partes, sin viveres, cogida la salida del puerto y bloqueado éste por la escuadra enemiga. Llegadas á él las tropas á la madrugada siguiente construyeron en 24 horas, otros tantos reductos y puestos fortificados á lo largo de las colinas que le rodean, en cuyo centro habia un pequeño castillo: de esta manera protegiéndose unos á otros, podia aquel puñado de valientes vender caras sus vidas, ó dar tiempo á que del Continente llegara socorro.

En el propio dia fondeó una goleta española que, confirmando la noticia de los desembarcos insurgentes, justificó las medidas realizadas por la prevision de ALDAMA. Hubiera éste podido con los oficiales y parte de tropa que cupiera en la goleta y en otro pequeño buque que tambien habia anclado, huir y salvarse en Costa Firme; pero prefirió no abandonar á uno solo de sus bravos compañeros y despachó á los barcos con aviso al Capitan General de Venezuela pintándole su situacion. De esta manera se renovó, aunque en pequeño, el celebre rasgo de Hernán Cortés cuando quemó las naves.

Quedaron los españoles en Pampatár bloqueados de la parte de tierra por numerosos enemigos dominadores de la Isla hasta sus mismas trincheras y de la del mar por una escuadra insurgente, que antes de cerrar el dia, se dejó ver haciendo espeso cruce-ro. Lo escaso de provisiones de los almacenes del puerto, les obligó á hacer pesqueras con el auxilio de algunos fieles Guaikeris, que era como llamaban á los pescadores indios de aquella costa, y les sirvieron de casi esclusivo alimento. Muchos dias transcurrieron sin aviso, declinando el ánimo al considerar que el buque mensajero podia haber sido presa de la escuadra y que ningunos auxilios tenian que esperar; entonces se hizo sério consejo en que se acordó que el coronel ALDAMA acometiese el arresto de ir al Continente á proporcionarlos: aceptó la comision y acompañando del capitan de Barbastro Arana y tres dragones, se hizo al mar en alta noche en un lanchon pescador que guiaban cuatro guaikeris, y cuando el crucero insurgente se hacia afuera. Llegó al amanecer á la isleta desierta de Coches, donde entrando á brazos el lanchon á tierra, le cubrieron con ramas, y así ocultos pasaron el dia viendo de continuo deslizarse por el canal las naves insurgentes. En la nueva noche atravesaron los españoles no sin zozobra, el ancho Freo, y saltaron en tierra firme por cualquiera parte.

Lo deshabitado de aquel pais y la privacion de toda vereda, era un nuevo obstáculo que habia que superar: rompieron los viajeros á la ventura la marcha que les cerraba lo espeso de los bosques ante-diluvianos de manzanillos, árboles y ramares: su-

bian los guaikeris á lo mas empinado para buscar direccion, tomando la que imaginaban preferible y consentian los impedimentos de la tierra. Abriéndose calle con las espadas, huyendo de temibles abispos y rendidos de cansancio llegaron á un conuco ó barraca india, que fué su buena dicha, pues les encaminó al Golfo de Cariaco, distante cortas leguas.

Desde allí hizo ALDAMA regresar á los pescadores con la noticia de su arribo y salvacion á los de la Isla, mandándoles tambien con horas de intervalo, tres flecheras con provisiones, y se trasladó al cercano Cumaná. No estaba allí el gobernador de la provincia y se encargó del mando; halló en sus aguas á la goleta mensajera, tres ó cuatro buques mercantes, y varias flecheras que mandaba un fiel y atrevido marino del pais llamado Guerrero. El primer cuidado de ALDAMA, fué armar los mercantes, y con la goleta y flecheras hacer una escuadrilla que salvase á sus amigos de la Margarita. Antes de que esto tuviera lugar hubo de marcharse apresuradamente á la provincia de Barcelona amagada de grave conflicto. Monagas, general insurgente, habia organizado muchas fuerzas en los Llanos altos, batido las costas que mandaba un tal Lopez y se dirigia á Barcelona.

Llegado á ella ALDAMA y suponiendo que los restos del Lopez recalarian por Clarines á las Costas de Píritu, se dirigió á dicho punto con su escolta de dragones y halló en Clarines á Lopez con dos docenas de su dispersa gente. Haciendo al amanecer una descubierta, regresó esta, acosada por la vanguardia de Monagas, que venia con el grueso de su tropa. Salió ALDAMA con la suya y restos de Lopez, impotentes para toda resistencia: atravesaron los pantanos que hay á la salida del pueblo y no sin cambiar algunas cuchilladas, ganaron la costa; traspasaron el caudaloso rio de Clarines en unos congos, que por casualidad bajaban por él, y libres, sin mas pérdida que la de un dragon, se dirigieron á Caracas, como capital mas próxima. Entonces supo ALDAMA la salvacion de los de Margarita en la escuadra que el habia improvisado en Cumaná.

Evacuada esta Isla por los españoles, Bolivar con los generales Arizmendi Freytes, Rivas y otros y expedicion de los Callos, vino de repente, ocupó la desguarnecida Barcelona y la fortificó. Piar, el mulato francés, con otras fuerzas penetró en la Guayana, degolló los destacamentos que allí habia y á cuantos llevaban nombre español, incluso los misioneros, y señoreó toda la provincia. Morillo, se hallaba con parte de las fuerzas expedicionarias en el vireinato de Santa Fé, tomada Cartagena.

Moró reuniendo en Caracas las pocas con que podia contar, para resistir á la invasion insurgente, formó dos divisiones de á 1500 hombres; la de vanguardia de gente indigena á las órdenes del brigadier D. Francisco Tomás Morales, y la de reserva á las del coronel ALDAMA compuesta de españoles, confiando el mando superior de ambas, al brigadier D. Pascual Real, bajo la denominacion de ejército de Oriente.

Esperando ALDAMA la reunion de este con su regimiento en una aldea de los Llanos, supo que un antiguo gefe recorrria las inmediaciones, en rebelion. Era el comandante Machado, zambo de origen, de fabuloso valor y ferocidad, y cuyo renombre llenó de estupor á cuantos no siguieron sus ideas; hasta á su padre, viejo indio, habia puesto de rodillas y disparádole su trabuco con propósito cierto ó fingido de darle muerte. Era de temerse que Bolivar y gente de Barcelona lo atragara como auxiliar del mas grande interés. ALDAMA para evitarlo, y confiado en su estrella, calculó ganarlo para la causa real, y despreciando que le pudiera asesinar como lo habia hecho con muchos cientos de personas, marchó solo al encuentro del temible Zambo; tropezó con él en un conuco, le habló la lengua que preocupa á los valientes, y le fascinó la indiferencia con que ALDAMA oia las sangrientas indirectas sobre la situacion en que le habia colocado su imprudente confianza. El rebelde se hizo amigo presentándose en el ejército, con todos los escogidos tigres, mas que hombres, que le seguian. Al poco tiempo hubo de matársele como á una rabiosa fiera, cerrado con engaño en una habitacion y disparándole por los altos, porque se obstinó en uno de sus frecuentes accesos de frenesí, en acometer al gefe español á cuyas órdenes estaba.

Reunido el ejército de Oriente marchó sobre Barcelona que hubiera acaso tomado, sino lo estorbára el enemigo con sagaz estratagemas. Cojióse á un oficial confidente de Bolivar, con pliegos á los generales Mariño y Piar, á quienes se suponía en marcha desde el interior, en proteccion de Barcelona. No era así, porque el Mariño estaba en la ciudad misma y Piar en la Guayana, como hemos referido. A tal engaño el brigadier D. Pascual Real temiendo el golpe por la espalda de los insurgentes, se replegó á un terreno cercano llamado el Juncal, cuyas inmediaciones pantanosas le aislan y hacen así mas defendible. Todavía para mayor seguridad y con el objeto de poder racionar la tropa se retiró á Clarines, siete leguas de Barcelona, proporcionando de esta manera ocasion para que Bolivar, muchos gefes y estado



mayor se evadiesen, que fué el propósito de la falaz industria, como el tiempo posterior lo demostró.

Real perdió el mando, que se confió al jefe de la division de reserva ALDAMA: el de la de vanguardia Morales era Brigadier, y se resintió no sin razon; pero sus pocos hábitos de disciplina le hicieron obrar con tan poca cordura en palabras y obras, que en la primera noche ya se produjo numerosa desercion de la gente del pais que él mandaba. En situacion tan critica, ALDAMA lanzó al Morales con la reconvencion y amenaza mas seria; se presentó en medio de la vanguardia; organizó la persecucion de los desertores de los que se cojieron 50 ó 60; dióles por jueces á sus mismos compañeros y todos fueron fusilados, produciendo este golpe de energia el mayor entusiasmo en las tropas que prorrumpieron en vivas á su general: así llamaban á ALDAMA. Aprovechándose de aquella impresion feliz, marchó este sin vacilar sobre Barcelona y la tomó. Los enemigos en número de unos 1500 á las órdenes de los generales Rivas y Freytes se concentraron al fuerte con las mugeres é hijos de los principales, juzgándose allí seguros y dispuestos á la defensa mas tenáz. Tenian cañones y todas las aspilleras cubiertas de modo que no era posible aproximarse sin una muerte casi evidente. Carecia ALDAMA de todo recurso para un asalto: no tenia provisiones mas que para cinco dias, y era preciso aprovechar los instantes. Corre al pié de Barcelona un rio que desagua á dos leguas en el cercano golfo, donde se hallaba una fragata real de guerra que montaba D. José Chacon, jefe de la escuadrilla de Costa Firme: ALDAMA mandó traer de á bordo varias piezas, que con arte y sumo trabajo metió en una casa delantera al fuerte, y cuando estuvo la bateria dispuesta y hechos los apuntes, disparó rompiendo las balas los muros de la propia casa y abriendo despues brecha en el fuerte mismo: cuando estuvo esta practicable, lanzó por ella una columna de granaderos mandada por el teniente coronel de la Union D. Joaquin Urreiztieta, tomando así por asalto el último asilo de los rebeldes, de los que perecieron mas de 600, ya en la arremetida, ya por los tiros de la infanteria oportunamente colocada á la espalda cuando por ella buscaban la fuga, ya cayendo los que lograban evadir estos riesgos, bajo los sables de la caballeria que les esperó en el campo. Entre los prisioneros lo fueron los dos generales Rivas y Freytes que luego ajustició el Capitan general en Caracas juzgados en consejo de guerra.

Con motivo de tan importante triunfo el General en jefe dirigió á ALDAMA un oficio de gracias sobre manera lisonjero, y poco despues se le confirió el grado de Brigadier, que se le debia por su embarque á Ultramar, en vez del de Mariscal de campo que ya le correspondia por la toma de Barcelona. Carecia esta plaza de subsistencias y con el objeto de alcanzarlas, despues de dejarla guarnecida, marchó con el ejército tierra adentro en busca de ganados. Concluidas las provisiones á los dos dias, la gente sobre todo los infantes, desmayados de sed y hambre, no podian continuar la marcha. ALDAMA, seguido de unos cuantos caballos, avanzó presurosamente y encontrando una hacienda en que habia algunas reses socorrió con ellas al ejército.

En aquella sazón el general Morillo ordenó á ALDAMA que se dirigiese á la Guayana, acometida y ocupada en parte por los insurgentes. Obedeciendo el Brigadier esta orden, emprendió inmediatamente la marcha con las debidas precauciones: hallábase ya bastante adelantado en su marcha, sin que por parte de los enemigos se le opusiese dificultad de ningun género, cuando recibió un espreso del General en jefe Morillo, por medio del cual le prevenia retrocediese inmediatamente en su auxilio porque se veia asaltado de una horda de negros. Así lo hizo ALDAMA, que al tener la satisfaccion de prestar socorro á su General, tuvo un contratiempo que comprometió gravemente su existencia, pues cayó con el caballo, pasando por encima de él todo un escuadron y dejándolo sin sentido. Agregóse á esto que le picó en el oido una moscarda, lo cual fué origen de una enfermedad mortal de que se salvó por los remedios que le aplicaron ciertas mugeres indias y por medio de los cuales hubo de sanar no solo del accidente de la caída, sino tambien del agusanamiento que la picada le produjo en el cerebro.

El general Morillo, que sentia perder en ALDAMA á un jefe tan dispuesto para las operaciones, le prodigó los mayores esmeros, encargando la construccion de un fuerte que llevase su nombre; y hecho se marchó á unir con la expedicion de Canterac. Medio restablecido el Brigadier á los pocos dias, siguió con su division ó sease antiguo ejército de Oriente á Barcelona, para desde allí concurrir á la reconquista de la Margarita, segun lo habia resuelto el General en jefe.

Precedióle este con la fuerza de Canterac que desembarcó en el pequeño puerto *Por la Mar*, donde recibió al brigadier ALDAMA. Distaba dicho puerto dos leguas del de Pampatár en el que entraron las fuerzas reunidas por junio de 1817 abriéndose así aquella campaña. Marchó Morillo á apoderarse de la Asuncion, lo que no

pudo alcanzar despues de un combate que duró todo el dia, por que la gente española peleaba al descubierto, y tenia la insurgente una infinita serie de puestos y alturas fortificadas y artilladas desde las que diezmaba á aquella impunemente: quedaron en el campo muchos oficiales y fueron heridos los Brigadieres Canterac y ALDAMA.

Impenetrable por aquel lado el paso al Norte de la Isla regresó el ejército á Pampatár. La escuadra marchó á las aguas del Norte para ponerse en contacto con las fuerzas de tierra cuando estas se apoderasen de aquella costa. Era, pues, preciso ir al Norte: para lograrlo, se acordó flanquear la Isla por el puerto de San Juan á la izquierda de la Asuncion, y cuyo paso con razon se supuso bien defendido. El General en jefe con la mayor parte de las tropas se quedó en el pueblo que dá nombre al puerto, encargando al Brigadier ALDAMA que lo ocupase con cuatro batallones. Tomó este sin gran resistencia la altura, superando un camino hondo cuyos flancos eran espesos bosques y matorrales: allí tropezó con los enemigos en gran número, estableciéndose una batalla cuyos fuegos duraron desde las once de la mañana hasta las cuatro de la tarde; rechazándose siempre á los insurgentes: á dicha hora se abrieron las nubes en espeso raudal de lluvia que, apagando los fuegos de todos, vino á esponer á la gente española á las cargas de la caballeria enemiga, sin ninguna con que resistirlas. El Brigadier ALDAMA, comprendiendo lo critico de las circunstancias, mandó velozmente al batallon de Granada que conducia el capitan D. Agustin Noguera, hoy Mariscal de Campo, formar en columna y que acometiese á la bayoneta á los escuadrones enemigos que no podian ocupar otro terreno que el camino, por lo inaccesible de los flancos. Salió Noguera con noble bizzaria al grito de «viva España» y á la carrera embistió á los escuadrones que no osaron resistir su ataque y se retiraron. Así concluyó la jornada y al anochecer se presentó Morillo á quien ALDAMA enteró de sus particularidades; le recomendó el batallon de Granada y á su comandante accidental, al que, olvidando antiguos é injustos agravios, se complació en conferir el empleo de comandante en propiedad sobre el campo de batalla, en virtud de delegacion que el General le hizo de sus facultades régias. Obtenida esta victoria, siguió el ejército su camino en direccion de la escuadra del Norte. Se habia convenido en no atacar ningun puesto fortificado sin antes obtener un completo conocimiento de su estado, pues la expedicion sobre la capital, habia convencido de que sin artilleria y demás útiles, era hacer sacrificios costosos y estériles. Sabíase por confusas noticias que toda la línea de la escuadra estaba defendida fuertemente, como que por ella llegaban á los enemigos los auxilios del continente; así que marchaba con precaucion el ejército real, aproximándose á la costa por la izquierda. Se reconoció entonces que á la derecha habia una quebrada montaña, que caballera salia al mar, en cuyas colinas se alzaban diferentes fuertes y parapetos aspillados que se protegían simultáneamente: del opuesto lado cortaba la sierra una cuesta rápida que terminaba en unos extensos pantanos, y en el centro de la ensenada por la llanura antes de la sierra, tenian los enemigos, mirando al mar, una bateria protegida por un parapeto de la parte de tierra.

Sin otro fin que el de reconocer bien estas obras, marchó Canterac flanqueando la montaña hácia la espalda de los pantanos, y Morillo con la division de ALDAMA siguió hasta ponerse en comunicacion con nuestra escuadra, que cruzaba muy afuera, sin acercarse al alcance de los cañones de la bateria y fuertes; se abrigaban además bajo el caballero de dicha montaña varias flecheras cañoneras, para con uno y otro oponerse á todo desembarco de los españoles. Pero este era necesario porque los ranchos estaban en las naves; habia que tomarse por de pronto la bateria, y encargado ALDAMA de esta operacion, salió á ejecutarla con los batallones indígena de Clarines y el de Granada, que entusiasmado con su nuevo comandante, asaltó el parapeto á la carrera sin disparar un fusil. Los que le defendian dieron á huir por la playa y costera á protegerse en los fuertes, perseguidos por los dos citados batallones, que en la ciega embestida tomaron las primeras trincheras. No sabia el Brigadier ALDAMA volver atrás, ni podia hacerlo; y con las restantes fuerzas que Morillo, viéndole en semejante empeño, le fué enviando, asaltó los fuertes uno tras otro hasta llegar al último. A él se iban replegando cuantos se salvaban de los anteriores y contenia 800 ó 1000 hombres resueltos á no desalojarle, porque ni contaban con otro apoyo, ni esperaban cuartel, ni le querian. ALDAMA no tenia una fuerza unida bastante para treparle por que andaba toda repartida en los diferentes puntos, y viendo que llegaba el batallon de la Union en columna por la cuesta arriba, y con un corto auxilio que Canterac le envió al propio tiempo, puesto á su cabeza, preparó el asalto. Cayeron al lado suyo los dos comandantes de aquel, y otros bizzaros españoles: cuando ya tocaban los últimos parapetos, se voló un depósito de pólvora del fuerte con destrozo y mutilacion de algunos de sus defensores.



res; los demas, cuando otra cosa no, arrojaban sobre las cabezas de los soldados, los fusiles despues de dispararlos y no pudiendo resistir á su incomprensible arrojito, huyeron por la pendiente, aturridos, hacia los pantanos. Ninguna evasión les quedaba; Cantera estaba de la otra parte esperándoles, pero no llegaron, porque Morillo, que con unos cuantos caballos de su escolta, admiraba desde la llanura lo que acontecia, lanzóse á ellos, y acuchilló á los fugitivos que en número de 600 ó 700 quedaron flotando sobre el agua.

Mientras tuvo lugar este hecho, Guerrero, jefe de nuestras flecheras, empuñó combate con las enemigas; las tomó, y los que de estas huían y los que de aquellas les acosaban, echaron tambien en direccion de los fuertes, concurriendo de este modo á los asaltos y lances de aquel sangriento drama, y hazaña horrible, alcanzada por la division del Brigadier ALDAMA, sin órdenes ni humanos cálculos que la presagiasen. Así quedaban de un solo golpe destruidas todas las esperanzas de los rebeldes de la Margarita, reducidos al estrecho recinto del centro, donde asentaba la capital de la Asuncion, que en breve se hubiera tendido que rendir, cerrados todos los conductos por donde recibiera auxilios, supuesto que la fuerza real dominaba las costas del Norte y las del Mediodía por el puerto de Pampatár.

Pero el destino lo habia resuelto de otra manera. Llegaron en aquella ocasion avisos al General en jefe, de que Páez, General de renombre y Presidente despues muchos años de la República de Venezuela, habia organizado en lo interior de los Llanos, dos ó tres mil caballos, con los que dominaba aquellas enormes extensiones hasta las que baña el Arauca, entonces las mas abundantes en ganados, y que amenazaba, pasándolos, caer sobre Calabozo y comprometer la seguridad de las mismas capitales del litoral, donde habian quedado muy pocas fuerzas. Hubo pues Morillo de abandonar el complemento de la conquista de la Margarita, como punto aislado é innecesario. Reembarcadas las victoriosas tropas en Pampatár llegaron por Cumaná á Caracas, donde Morillo obligado á acudir á los principales peligros, reunió unos 3000 hombres, y marchó á ocupar á Calabozo: dejó guarnecidas las provincias de Cumaná, Barcelona y Caracas, y envió al Brigadier ALDAMA á mandar la interior de Barinas y línea del Apure, juntando este entre los que llevó y en aquella tenia el coronel Calzada, otros 5000. Así era el Brigadier ALDAMA jefe de las operaciones avanzadas: situó sus fuerzas en el punto central del caudaloso río, recorriendo con ellas y dominando ambas orillas, y un batallón que fortificó en la derecha mandado por el bizarro comandante D. Juan Tello, hoy General, sostenia diariamente tiroteo con los insurgentes.

Conservado este punto como base, se hubiera podido operar con éxito, aunque no con facilidad, sobre los Llanos; empero Morillo dió orden al Brigadier y hubo de repetirla por la resistencia tenaz de éste á cumplirla, para que abandonase el punto, reforzase la guarnicion de San Fernando, pueblo aislado, allá en el Orinoco, y que con las restantes tropas se replegase á Barinas. No queria ALDAMA ser responsable de lo que presajaba habia de acontecer, pero cuando en la porfia le indicó el General que su repugnancia pudiera ser temor de verificar el refuerzo del San Fernando, ALDAMA obedeció, asegurándole que le llevaria á efecto sin perder un solo hombre como lo hizo.

Fundándose entonces en la necesidad de curarse un afecto escorbútico, que padecía, pidió y obtuvo licencia para retirarse á San Carlos, primer pueblo de Caracas, dejando el mando de la division á Calzada, que marchó á Barinas.

Cumplieronse los vaticinios de ALDAMA: libre el Apure lo atravesó Páez cayendo con sus hordas de sorpresa en Calabozo, sobre Morillo que sin caballeria ninguna se vió obligado á emprender una retirada en columnas cerradas y direccion de la Puerta. Honra grande y merecida alcanzó el bravo General marchando por aquellas llanuras, rodeado siempre por los escuadrones de Páez, rechazando las cargas que diariamente le daba sin posibilidad de racionarse, y con las sabanas incendiadas en todas direcciones, en el estado mas violento en que puede encontrarse un cuerpo de tropas, peleando y caminando entre una nube de polvo carbonizado.

Quando esto supo ALDAMA en su retiro, olvidó su resentimiento y graduando el conflicto del General, se salió aunque enfermo, de San Carlos, con 12 milicianos que la guarnecian, y con otros 20 que halló á su paso siguió amparándose de la cordillera hacia la Puerta á cuyo punto habia de concurrir Morillo, de cuyo destino queria participar. Sobre la marcha sorprendió á dos confidentes de éste con pliegos á Calzada; la lealtad del Brigadier, el deseo de deducir la situacion del General, y de conocer la que se preparaba á las tropas cuyo mando acababa de dejar le decidieron afortunadamente á abrir los pliegos. Preveniase en ellos á Calzada se viniera á la Puerta por los Llanos á espaldas de los enemigos: si estas órdenes eran obedecidas necesariamente habia de ser batido, porque Páez bastante poderoso

para llevar acosado por delante al brioso cuerpo mandado por Morillo, era irresistible al desmembrado que por la retaguardia viniese desde Barinas. ALDAMA lo comprendió así y á riesgo de desagradar al General, y al pié de los mismos oficios escribió á Calzada los medios en su concepto adoptables para que sin riesgo se verificase la reunion. Despachó á los confidentes y Calzada siguió la direccion de ALDAMA al abrigo de la cordillera. Este encontró al General cerca de la Puerta y le refirió lo que habia hecho: oyólo aquel con efusion y aun se enviaron nuevos emisarios aprobando lo dispuesto por ALDAMA, que tuvo muy feliz resultado, porque reunidos ambos cuerpos dieron la célebre batalla de la Puerta, cuyo triunfo valió á Morillo un título de Marqués, aunque bien á sus espensas, pues le atravesó una lanzada de frente á espalda por la que le salió mas de una tercera.

Tiempo era de dar algun respiro á nuestras tropas: ALDAMA peor del escorbuto, fué á bañarse á la provincia de Caracas, y algo mejorado aunque con la pérdida de toda la dentadura, se incorporó al cuartel general en Valencia.

Páez rechazado en la Puerta se retiró y se posesionó de la provincia de Barinas abandonada por Calzada. Para batirle en ella se formó una division á las órdenes del Brigadier Latorre, como mas antiguo, de la que ALDAMA mandaba la caballeria. A los pocos dias en el pueblo de Cogedes alcanzaron las armas españolas otra señaladísima victoria en que huyó la numerosa caballeria enemiga y fueron copados tres batallones. Latorre quedó herido de consideracion y ALDAMA perdió el caballo: despues de este encuentro pasó con los restos de su regimiento á acantonarse en los valles de Aragua.

Pérfidas combinaciones de la envidia acibararon entonces la vida del Brigadier ALDAMA y lograron indisponerle hasta cierto punto con el General en jefe de quien, á pesar de las honrosas satisfacciones que obtuvo, solicitó y alcanzó permiso para regresar á la Península, determinacion que no realizó sin embargo, hasta concluir la campaña de 1819 en que se adelantaron las operaciones desde el interior Calabozo hasta mas allá del Apure y del Arauca. Concluida esta y hallándose con la salud perdida á consecuencia de tantos trabajos y privaciones, hizo uso del permiso que tenia para regresar á su patria, terminando aquí sus hechos de armas en Costa Firme donde solo presencié y proporcioné victorias, sin adquirir grados ni otras recompensas que una reputacion brillante que pudo serle fatal en su viage, pues estuvo á pique de caer en manos de varios corsarios Margariteños. Careciendo de recursos metálicos para satisfacer el pasaje, hubo de dirigirse á la Habana por cuyas cajas, de orden de Morillo y sobre la consignacion que en ellas tenia el ejército de Costa Firme, le fueron satisfechos en plazos semanales los muchos alcances que por su sueldo tenia á su favor. Esta circunstancia proporcionó á ALDAMA una página importante en su biografia.

1820.—Un bergantin gallego adelantó á la Habana la noticia de haberse jurado la Constitucion en España; y en su consecuencia una reunion de liberales acordó hacer lo mismo en la Isla en la tarde de la llegada del buque, y se decia que estaban designadas personas para sustituir á las primeras autoridades. Supo esto ALDAMA en casa de D. Manuel Puente, coronel de artilleria entonces, despues General, quien lleno de la idea de su deber y confiado en su influencia, corrió á contribuir por la conservacion del orden público, mientras que ALDAMA, como no conocia á nadie, marchó con el propio objeto á ofrecerse al Capitan general, Cagigal. Hallóle preocupado con la lectura de una *Gaceta extraordinaria* impresa en Madrid, en la que se referia el juramento hecho por el Rey á la Constitucion de 1812, pero el correo no habia llegado y se carecia de toda comunicacion de oficio.

Ninguna duda podia quedar de la veracidad del suceso ni quedó en efecto. Da el palacio á la plaza de Armas en la que se halla el cuartel de la Fuerza, y en aquel preciso instante vióse salir el regimiento que en él se alojaba, dando vivas á la libertad, á la Constitucion y á su antiguo coronel Quiroga, del que llevaba una imagen ó busto de trapo á la punta de un alto palo. Otro regimiento venia á secundarle por el opuesto ángulo de la plaza: ambos procedian de las fuerzas que hicieron el levantamiento de la Isla de Leon. Alarmado el Capitan general á semejante manifestacion, envió órdenes para que las tropas se retirasen á sus cuarteles, pero no fueron obedecidas; supose ademas que en el suyo, otro regimiento se barricaba en contrario sentido, al paso que se llenaba la plaza instantáneamente de pueblo. ALDAMA comprendió lo grave del conflicto: era indudable que si Cagigal bajaba se le hubiera atropellado por los que habian desobedecido su autoridad; él no era personalmente conocido, pero le precedia la reputacion de sus hechos en Costa Firme, y sin saber de cierto lo que podria conseguir, lanzóse á la plaza con esposicion, pero determinado á conjurar la tormenta, y acercándose á la primera banda de tambores, la hizo la señal de redoble con



la espada que ceñía el teniente de navío D. Ignacio Chacon, actual Mariscal de campo, porque se había dejado la suya, con el aturdimiento, en la casa del Capitan general.

Prestó atencion la tropa sorprendida; mandóla cargar á discrecion, y obedeció: arengándola entonces con serena naturalidad y como si el caso fuera ordinario, la encomendó la obligacion en que estaba de mantener el orden, la integridad y seguridad de la colonia, los fueros de los españoles y concluyó diciéndole que se iba á hacer el juramento de la Constitucion del Estado. Ya anochece, y á la invocacion de ALDAMA se improvisó por la ciudad una iluminacion que obscureció al dia: dió orden al regimiento disidente para que concurriese al acto; y todos le reconocieron por gafe con aplauso, colocándose á su lado en calidad de ayudantes los citados Puente y Chacon, y el coronel del Fijo destacado en la Cabaña.—Mientras esto sucedia, un numeroso grupo de paisanos invadió el palacio, y hubo ALDAMA de apelar á su prestigio para ahuyentarlo, salvando así al anciano General de tan grave riesgo. Admirado éste de la universal obediencia que le prestaban todos, justo apreciador del servicio eminente que estaba haciendo, le entregó un pliego en que resignaba el mando y suprema autoridad en él, por convenir así, (decia) al mejor servicio del Rey y de la patria.

El juramento á la Constitucion se verificó por las tropas con la solemnidad posible y buen orden, en medio de las aclamaciones del mayor entusiasmo: mandó ALDAMA retirar las tropas, subió al palacio y devolvió al General su renuncia hecha pedazos, y para no disminuir ni atenuar el prestigio de éste, dejó de concurrir á las juntas y solemnidades civiles y religiosas que sucedieron despues.

El Illmo. Obispo, las autoridades y personas mas caracterizadas, le colmaron á porfia de obsequios y muestras de lamas profunda gratitud, considerándole como el salvador de la Isla y de los intereses y vidas de su poblacion.

Embarcado poco despues el Brigadier ALDAMA en el bergantin *Rayo* llegó á Cádiz en el estío de 1820 sin otro contratiempo que un horroroso temporal sobre las costas de la Florida. Pidió y obtuvo del gobierno licencia para descansar de tan largas campañas, en el pais natal de sus padres, donde tenia alguna familia que mil veces le habia llorado por muerto, y con ella estuvo cinco ó seis meses.

III.

1821 y 1822.—La insurreccion que en aquella época afligió á España, comenzó á manifestarse por el alzamiento de varias partidas de facciosos, de las que fué la primera la de un tal Guergué que por Guipúzcoa detenía y robaba con frecuencia al correo. ALDAMA hizo desde Vitoria una salida en su persecucion. Diósele entonces el mando del regimiento de Santiago que estaba en Córdoba, trasladándole inmediatamente al de Pavia: la tropa de éste se habia dejado embriagar por el espíritu de libertad mal entendido, de manera que su disciplina estaba en absoluta relajacion: ya se habian inutilizado sus dos últimos coroneles cuando ALDAMA fué á encargarse de él á Lérida, donde el Capitan General de Cataluña D. Pedro Villacampa le envió para separarlo de la guarnicion.

Hizo su entrada en la ciudad el regimiento con tal estruendo de vivas y mueras que atemorizó al vecindario. Habíase alojado la tropa en las casas; pero el nuevo coronel con los auxilios del gobernador D. José Bellido, hoy Teniente general, dispuso acuartelarla, á lo que ella opuso tan terca resistencia que hubo de arrestar por su mismo cuerpo de guardia á varios sargentos que se constituyeron en cabezas de motin. Muchos compromisos surgieron de este acto de energia, pues se interesaron por los sargentos los que en Madrid y en Cataluña profesaban entonces las ideas mas exageradas, pero aquellos fueron sin embargo condenados á presidio. Encerróse luego ALDAMA con el regimiento en el cuartel; le hizo entender su decidida determinacion á conservar la mas severa disciplina que solo lograrían infringir pasando sobre su cadáver y la idea de tal crimen impuso á aquellos soldados que fueron en lo sucesivo un dechado de subordinacion.

Estaba el regimiento destinado á guarnecer las Baleares y para embarcarlo fué á Tarragona entregando á diferentes cuerpos sus caballos, de los que no conservaba mas que unos treinta. A punto de hacerse á la vela llegó la noticia del alzamiento de la faccion de Romagosa en la Bisbal, cuya lápida de la Constitucion habian destruido. El Gobernador de la plaza no pudiendo resistir los impulsos de patriotismo del vecindario, formó una columna de nacionales é invitó á ALDAMA para que saliese mandándola con los caballos que aun conservaba el regimiento. Compóniase en su origen la Milicia nacional de propietarios, comerciantes y de las mas acomodadas personas de los pueblos, en gran parte de madura edad. Salió la columna rebozando entusiasmo, pero como era inevitable, á las dos leguas el cansancio habia produ-

cido su efecto. Unos se despojaban de las prendas militares mas embarazosas dejándolas sobre los bagages: otros se paraban á descansar ó marchaban cogidos del brazo, y todos aspeados y desfallecidos llegaron á la Bisbal. Restablecida la lápida y al regreso, apareció la faccion por una montaña que domina al pueblo, disparando algunos tiros. No habian ido allí tantos padres de familia á arriesgar sus personas é intereses, y conociendo ALDAMA la amargura que les preocupaba y el mal disimulado miedo que los facciosos tambien tenían y acreditaban sus movimientos desconcertados, tranquilizó á la columna asegurándola y respondiendo de la integridad de sus vidas con el solo auxilio de los 30 caballos y bulto de la infanteria. Así la llevó sana y salva á Tarragona donde todos se le declararon deudores de la existencia y proclamaron como gran capitan. Gloria, que al decir del General ALDAMA, nadie habia obtenido con menor trabajo.

A los dos meses de hallarse en Mallorca fué nombrado Comandante general de la misma provincia de Tarragona y Gobernador de Tortosa, en cuyos conceptos hizo salidas numerosas contra las facciones, rechazándolas y batiéndolas siempre sin caso en contrario.

1825 á 1829.—A la creacion de los ejércitos, á principios de 1823, se le nombró General de la caballeria del primero que era el de Cataluña á las órdenes de D. Francisco Espoz y Mina y marchó á Barcelona á encargarse de este mando, que desempeñó con la sub-inspeccion del mismo ejército.

Entraron los franceses en España, y cuando el General en jefe supo que el Mariscal Moncey se dirigia sobre la plaza de Tarragona, comisionó á ALDAMA para su defensa, teniendo que ir á ella por mar á causa de estar todos los pasos y caminos interceptados por los enemigos. Antes de entrar en la capital se dirigió á Reus, donde habia dejado á su señora y familia y allí recibió un espreso del diputado provincial Magriña, que luego lo ha sido diferentes veces á Cortes, en que le manifestaba con sigilo, que el jefe de las fuerzas que operaban en aquella provincia las habia dirigido desde el Vendrell una alocucion en la que se calificaba llegada la ocasion de desistir de toda hostilidad.

ALDAMA no vaciló en la linea de conducta que debia adoptar: por medios reservados comunicó órdenes á los coroneles de los cuerpos de aquella division, para que sin atender á consideraciones de ninguna especie se presentaran en la capital á cumplir con su deber: todos lo verificaron así. Con dichas tropas sostuvo la embestida que Moncey hizo sobre Tarragona, con la fortuna de rechazar á los franceses que se retiraron á dos jornadas de ella. El Mariscal le envió despues un coronel parlamentario, que se obstinó en que recibiese un gran pliego que contenia las capitulaciones de los ejércitos de la Bisbal, Morillo y Ballesteros y le aconsejaban la adhesion. ALDAMA resistió toda inteligencia en el concepto de estar bajo las órdenes, y de no poderlas recibir de ningun otro, que del Capitan general de Cataluña. Así entendia este soldado los deberes de su oficio. Resuelto á sucumbir bajo los escombros de las murallas y para no hacer partícipe á su esposa de los horrores de un asalto; fletó de su cuenta un buque noruego que la condujo con su tierno hijo á Mallorca. No le podia quedar ninguna duda del resultado de aquella lucha. El parlamentario mismo le dió una prueba desechando la escolta que le ofreció para regresar al cuartel general: «Nosotros, le dijo; somos ahora los patriotas y V.V. los franceses del tiempo de la guerra de la Independencia: á mi me han recibido en los pueblos con repique de campanas, y V. necesitaria un batallon para hacer el mismo tránsito.

Abierta la prodigiosa correspondencia de los soldados, hallóse que contenia impresos de las mismas capitulaciones, actos de la Regencia de Madrid, y sobre todo consejos y preceptos de sus familias para que abandonasen las filas.

Largos fueran de narrar los esfuerzos que ALDAMA hizo para contener, como lo consiguió, la desercion y conservar una actitud imponente dentro de Tarragona: Entonces fué llamado á Barcelona por el General en jefe para concurrir al gran Consejo en que se resolviera el ulterior destino de aquel ejército. Mina con copia de documentos espuso el estado en que se hallaba España: la salida del Rey de Cádiz, nombramiento de nuevo gobierno y disolucion del constitucional, y por último, las proposiciones é ilimitadas ofertas del Mariscal Moncey para una capitulacion.

El Consejo oyó primero el parecer de ALDAMA, como su vocal mas moderno, reducido á esta sencilla fórmula: *En el supuesto de que el gobierno constitucional exista de cualquier manera y en cualquiera parte, mi opinion es defenderle hasta perder la vida cumpliendo con nuestros juramentos; pero si dicho gobierno no existe, si se ha organizado otro y sido reconocido, resistirle fuera cambiar nuestra situacion de leales en facciosos».*

El Consejo por unanimidad acordó este voto, y previas las formalidades necesarias se estendió la mas completa, ámplia y honrosa capitulacion que ha existido en el mundo, garantizando su cumplimiento, á nombre de una nacion que habia pelea-



do con la Europa entera en defensa de la libertad de los pueblos un Mariscal bajo su juramento y palabra, y á ella se faltó con mengua y desdoro.

Marchó ALDAMA a encargarse de su regimiento á Mallorca con un amplio pasaporte del mismo Moncey, y á su llegada encontró ya hecha la reaccion en la Isla y nombrado por su Capitán general al Brigadier Taberner, sobrino de D. Victor Saez: éste á los pocos dias, y en el mismo en que dió á luz la esposa de ALDAMA una niña, le obligó á embarcarse en un bote y salir desterrado á Ibiza, donde despues de dos meses, se le entregó su licencia indefinida para Vitoria á donde se trasladó haciendo una penosísima marcha al traves de España. No son para numeradas las vejaciones, atropellos é insultos que recibió del pueblo, prefiriendo cuando podia quedarse en malas ventas, á los registros é incomodidades de las poblaciones. Llegó á Vitoria: la persecucion que allí sufrió le produjo una irritacion que le puso á las puertas del sepulcro. Cuando se hallaba en la cama moribundo, iban los realistas diariamente á reconocer su casa paseando las bayonetas de los fusiles hasta debajo de su propia cama. Tres años pasó en estas angustias y no siéndole posible perpetuar su residencia en Vitoria, consiguió por mediacion del Marqués de Zambrano, que confesaba serle deudor de la vida, permiso para trasladarse á la corte aunque impurificado en primera y segunda instancia y privado de sus Reales despachos.

#### IV.

1830 á 1834.—Continuaba D. JUAN ANTONIO ALDAMA tranquilo en Madrid, si bien reducido á la condicion de paisano, cuando tuvo lugar el natalicio de nuestra augusta Reina. Dispensáronse por tan fausto suceso numerosas gracias y á consecuencia de ellas por especial designacion de S. M. devolvióse al Brigadier ALDAMA su posicion militar, restituyéndosele sus despachos, grados y condecoraciones. Nombrósele poco despues Comandante General de la provincia de Cuenca, y allí, sin emplear un soldado, con el solo auxilio de su actividad, desarmó 14 batallones de Voluntarios realistas, trasladando á los almacenes de Madrid todo su armamento y útiles con sorpresa de su capitán general D. Genaro Quesada.

Levantáronse en la provincia algunas facciones, pero logró destruirlas ó ahuyentarlas instantáneamente. Fué entre ellas la mas considerable la que procedente de Aragon capitaneaba Carnicer y constaba de 500 á 600 hombres. ALDAMA la puso en fuga con el auxilio de un batallon que desde Valencia subia á Madrid y al que hizo variar de rumbo bajo su responsabilidad, é internándose en seguimiento del enemigo hasta Albarracin, le causó considerable número de prisioneros y desertores.

1835.—Promovido al empleo de Mariscal de campo en 26 de enero de este año, fué encargado de reforzar el ejército de Navarra con una division de cinco batallones que recogió en Aragon y con los cuales penetró en aquel pais. Su primer servicio en este punto fué el que prestó protegiendo, en union de otras fuerzas, el paso de ciertas tropas que el general Gurrea conducia á la Borunda y con cuyo motivo fueron batidos los enemigos que trataron de impedir el movimiento. Terminado éste felizmente dirigíase á Estella, centro de las operaciones en aquella comarca, cuando se le presentaron sobre el camino varios comisionados de este pueblo, pintándole la amargura de su guarnicion y hospitales que con dificultad podrian racionarse al siguiente dia. Inmediatamente dispuso ALDAMA acudir á aquella necesidad y haciendo estraccion de cuanto halló útil en los cercanos pueblos de la Solana, socorrió á Estella. Sabiendo allí confusamente que Zumalacárregui se hallaba hacia los Arcos, distante cinco leguas, salió en su busca.

Al pasar por el pueblo de Arroniz que se halla al pié del elevado Monte-Jurra y despues de doblar el recodo que forma la espesada montaña, supo por unas mugeres campesinas que del lado opuesto de la cordillera habia multitud de Voluntarios, y efectivamente al punto se dejaron ver algunos en las crestas entre los que se reconoció á Zumalacárregui y su E. M. al que instantáneamente siguieron sus columnas. No distaban de nuestras tropas dos tiros de fusil las del contrario, que ocupaban superiores posiciones; y urgia el momento de resolver. Marchaba á la vanguardia un batallon del Rey, y constituia la retaguardia el Regimiento de Gerona que mandaba el coronel Ribero, hoy Teniente General. Forma el camino una herradura cuyo estribo izquierdo termina sobre Arroniz: ALDAMA colocándose á la cabeza del batallon del Rey, dirigíose á este punto: mas cuando á él se encaminaba y antes de poder desplegarse en batalla, bajaron como rayos tres batallones enemigos que le hicieron retroceder con pérdida de mas de cien hombres. Ribero, colocado al estribo izquierdo fué mas afortunado. Su regimiento habia logrado rechazar la embestida del enemigo y repuesta á su amparo la línea sostuvo la division un fuégó que duró seis horas, durante las

cuales se mantuvo indecisa la victoria. Esta se decidió al fin por las tropas de la Reina, pues al caer la tarde se pronunciaron en retirada los enemigos, dejando el campo que no supieron conservar, y siendo perseguidos en resuelta dispersion por los valles de la espalda del Monte-Jurra hasta bien entrada la noche. Costó esta victoria 600 hombres entre muertos y heridos, habiéndolo sido ALDAMA en un muslo.

Pasóse la noche entera en curar á los heridos y en agenciar los medios de conducirlos á hospitales seguros para lo cual se echó mano de cuanto pudo ser habido en aquellas aldeas que fué muy poco. Con prudente prevision el General al principio del combate, habia dado orden á la caballeria para que, suspendiendo su marcha á los Arcos, se le reuniera inmediatamente, y aunque esta no pudo hacerlo hasta bien entrada la noche, fué sin embargo de gran provecho pues condujo gran número de heridos. Comprendiendo la faccion lo embarazosa que habia de ser la marcha, presentóse al dia siguiente y hora de la salida de la columna, pero bastaron para contenerla varias companias de cazadores, que puso al mando del bizarro capitán de la guardia D. Ramon Narvaez, hoy Capitán General, que rechazó la acometida que sin ahinco le hizo escarmentada del dia anterior. La columna cruzó la rivera y atravesó el Ebro por Lodosa: desde allí siguieron á Logroño los heridos protegidos por el rio, y el General regresó á Lerín, y pueblos de la rivera misma.

Hallábase en el de Viana á los pocos dias, cuando llegó á sus manos un espreso del General Córdoba dirigido á cualesquiera gefe de tropas de la Reina. Decíase en él que se hallaba en Maestú cuya guarnicion habia ido á levantar desde su cuartel general de Vitoria con solos cinco batallones, y que en dicho punto le tenia bloqueado Zumalacárregui con triples ó mas fuerzas, por lo que pedia auxilio. Aunque Maestú estaba en la provincia de Alava, fuera de la demarcacion de ALDAMA, no vaciló este en acudir al socorro del citado Córdoba. Para llegar allí, ha de atravesarse el puerto de Cabredo, que halló ocupado por alguna fuerza carlista, empleando dos horas en desalojarla, que luego le fueron de suma falta porque no pudo llegar al valle de Tobalina, en cuya estremidad asienta Maestú, hasta cerrada la noche. Alojose la gente en los primeros lugarcillos del mismo; y el General en la casa que ocupó Zumalacárregui en persona la noche anterior y cuyo patron le dijo que cada siete minutos habia tenido dicho gefe circunstanciada noticia de su marcha y movimientos. Hacíase enjaquel instante consejo en Maestú y prevalecia en él el voto de sacar atrevidamente las tropas en lo mas oscuro de la noche á sálvese quien pueda, cuando se presentó de improviso ALDAMA. Su presencia escitó el mayor entusiasmo, y al otro dia de acuerdo los generales, atravesando las cordilleras inmediatas, subieron á las Amezcuas con 19 batallones donde por la imposibilidad de aprovecharlos, fueron en gran parte destruidos los numerosos depósitos, molinos, almacenes y fábricas de útiles de guerra que allí tenían los carlistas. Terminada esta operacion regresaron las tropas con considerable convoy y repasando el Cabredo, siguieron juntas á Viana, de donde Córdoba se dirigió á su cuartel general, quedando ALDAMA en los pueblos de la Rivera. Poco tiempo despues, de orden del General en gefe y ministro de la Guerra D. Gerónimo Valdés pasó á Logroño y de allí á Vitoria donde con su division y la de el General Córdoba se formó un cuerpo de ejército de 24 batallones, que el espresado General Valdés condujo á las Amezcuas.

Hé aquí como refiere el mismo General ALDAMA la parte que tuvo en este importante suceso que ya hemos descrito en otro lugar.

«Fué el ejército en su direccion por campo penoso, pero abierto, hasta que estrechándose quedó en una vereda angostísima como las que los americanos llaman picas, por la que apenas cabia un hombre y por ella se entró á la desfilada el batallon de Gerona que iba á la cabeza. La espesura del negro bosque de sus flancos ocultaba todo objeto á los veinte pasos.

«Comenzáronse á oír tiros sueltos que menudearon gradualmente: el General Valdés deteniéndose en una pequeña abra, con varios gefes, ignorando la ocasion del fuego «vaya V. General, me dijo: á dirigir el ataque.» Giré mi caballo y me fui á encargar de las operaciones de un batallon entrando solo por la pica adelante. Sin ver nada, pero oyendo de cerca el ruido, llegué á un escalon prolongado que para continuarse la senda, se habia hecho en la cuesta transversal del terreno y del que en ningun caso se pudiera apartar por el precipicio de la izquierda y cortaduras de la derecha: en esta parte encontré ya algunos soldados que tras los espesos troncos disparaban á voluntad, respondiéndole á los tiros fronteros sin saber quien los producia, ni de sus oficiales, ni unos de otros, y era imposible en lo humano regularizar ningun movimiento ni decidirse á operacion de ninguna especie. Para reconocer lo que aquello era, todavia adelanté unos 50 pasos, adonde variando de figura el



«pico rompía en pendiente á formar una cuna con la delantera montaña; limpia ya de bosque y por encima de las copas de los árboles, vi 10 ó 11 batallones carlistas formados en diferentes masas. Las guerrillas de ellos eran las que de la parte de acá del barranco, sostenían el fuego con los de Gerona en aquella posicion si tal nombre merece. Volví al citado escalon y allí estuve mas de dos horas, animando con mi presencia á los que me vieran, y sirviendo de blanco á los enemigos que mas atrevidos se avanzaban por la vereda y me disparaban á tan corto trecho, que sobre verles las facciones del rostro, calculaba la puntería que me hacían. Ni uno de cuantos se me acercaron dejó de recibir un balazo, incluso el Brigadier D. Antonio Seoane, hoy Teniente General, que fué herido en un pié para quedar lisiado toda su vida. Un respetable capellan con celo religioso auxiliaba á los moribundos, y tal espectáculo, aunque muy edificante, era para mi nada lisonjero en tal situacion.

«Durante aquellas dos angustiosas horas, la destilada, que continuó, habia reforzado con tres ó cuatro batallones al de Gerona, y todos entraban en el estruendoso incierto fuego, hasta que fué calmando con rapidez de parte de los carlistas.

«El General D. Luis Fernandez de Córdoba llegó entonces y viéndome: *compañero*, me dijo, *que atrocidad! quítese V. de ahí y vamos á hacer cualquiera cosa para salir de este atasco.*

«Pié á tierra entramos en el bosque: el silencio contrario permitió avanzar, y vimos que la faccion habia bajado al hondo por su izquierda, dejando el camino libre. Le ocuparon los nuestros lo antes que pudieron, y en la ladera y su continuacion hicieron alto para dar lugar á que continuase la desfilada.

«Rendido de hambre, sed y fatiga me dormí sobre un ribazo hasta que reunidas las fuerzas seguí con la division sin el menor estorbo, y acompañado del General en jefe, hacia Estella donde se acabó de entrar á las once de la noche.»

Levantados los hospitales y guarnicion de Estella, ALDAMA acompañó al General Valdés á Pamplona y posteriormente á Vitoria. Causas que no son de este lugar, hicieron que ALDAMA creyese necesario separarse de las órdenes de Valdés y así lo solicitó por escrito, alegando falta de salud: pero el General en jefe le suspendió del empleo y destinó al castillo de la Puebla de Sanabria.

El pundonor de ALDAMA le hizo solicitar un Consejo de Guerra, que dejase á cada uno en su lugar: el ministro á la sazón, marqués de las Amarillas, le contestó que en observancia de la disciplina, cumpliese la orden, sin embargo de tomarse muy en cuenta el caso. Recibió ALDAMA este mandato en Valladolid, donde coincidió el General Córdoba, nombrado recientemente, en jefe del ejército y por disposicion de aquel, que despues aprobó el gobierno, le acompañó al primer sitio de Bilbao. Levantado éste, consultó ALDAMA á S. M. si se dirigia á la Puebla, y á vuelta de correo recibió una Real orden en que se le decía que satisfecha la Reina de sus servicios le destinaba de nuevo á continuar la guerra.

Inauguró su segundo mando en Navarra, con dos triunfos contra fuerzas muy superiores en Mendigorría y Sesma, pasando despues á Los Arcos, de orden del General en jefe, con el encargo de acopiar granos y conducirlos á Lerin y demas cantones del Ega.

Dos días llevaba ALDAMA en esta operacion, adoptando cuantas precauciones le sugeria su prudencia para no ser sorprendido y batido, como juzgaba posible y manifestó al General Córdoba con copia de razones, cuando en el tercer día un batallon mandado por D. Froilan Mendez Vigo, que estaba acantonado bajo un torreón que hay estramuros del pueblo, tuvo que redoblar su vigilancia toda la noche acosado por los aduaneros: ALDAMA no durmió recorriendo sin cesar los puestos avanzados, y al rayar el alba descubrió alguna gente por las alturas de los cerros de la izquierda.

Está la villa de Los Arcos á la estremidad de una colina baja y prolongada, por cuya izquierda vá el camino á la Rivera: á su frente corre paralela una cordillera montañosa por donde vinieron los enemigos. ALDAMA ocupó rápidamente la colina, dispuesto á librar la batalla en el espacio intermedio; situó en un llano al confín de su espalda, la caballeria en dos cuerpos que se protegiesen de frente y flanco, y se componia de dos escuadrones de Lanceros de la Guardia completos, y otros dos cortos de Cazadores de la misma, á las órdenes del Comandante don Diego Leon. Aquel punto era el único en donde podria obrar, y donde no vaciló que seria buscada por la de D. Carlos que la escedia en número. En el ala derecha y estribo de la colina por donde podria doblarse al llano, colocó cuatro piezas rodadas y protegidas por un batallon mandado por D. Leopoldo Odonell.

Dispuesto todo empezó la refriega descolgándose diferentes guerrillas por el cerro que empeñaron fuego con las que bajaron de la colina, reforzándose unas y otras mutuamente por ambas lineas de batalla. Como habia previsto ALDAMA, el mayor empuje se dirigió contra el ala derecha, por lo que Odonell hubo de concentrarse sobre la linea, y franca la vuelta al llano entraron los escuadrones enemigos con grita y algazara sostenidos por tres batallones, cargando por un declive á la carrera. ALDAMA ba-

jo el tema del nombre de Leon que la mandaba, arengó á la caballeria, y entusiasmó á los de la Guardia, cuyo sereno y bizarro Comandante viendo venir la carga encima, dióla la espalda y retiróse al paso para tomar tierra y con un rápido movimiento, se volvió y cargó tan corto y unido que en el acto quedaron arrollados los enemigos. Vueltas caras huyeron en desorden la cuesta arriba, y Leon detrás lanceó á cuantos alcanzaba y estremadamente á los batallones que medio atropellados por los suyos no podian escapar tan ligeros como quisieran. El destrozo fué grande, y desde entonces para siempre la caballeria nuestra superó á la contraria en cuantos lances proporcionó la guerra. Desalentado con este desastre D. Carlos, que era el que en persona con su Cuartel Real vino allí, desistió de su empresa y fué paulatinamente replegándose por aquellas alturas, dejando el campo á la victoriosa division de ALDAMA. Por la opuesta entrada al pueblo hizo tambien el enemigo su acometida que fué rechazada por las fuerzas que oportunamente dejó allí ALDAMA. Enterado el General Córdoba de tan brillante triunfo, le mandó volver á sus cantones y al entrar en Viana, recibió á la caballeria formadas las tropas en gran parada y puso á Leon su propia cruz de San Fernando. ALDAMA obtuvo la grande de la misma orden.

1836.—Ocupado en la persecucion de los enemigos, sostuvo con ellos diferentes choques; protegió las obras de fortificacion en la linea del Ega, custodió diversos convoyes y últimamente apoyó con la caballeria la expedicion de Córdoba sobre Cirauqui y Mañeru.

En 6 de abril fué nombrado Gobernador y comandante general de la provincia de Tarragona, y en 17 de julio Gobernador de Barcelona y segundo cabo de Cataluña, donde mandaba el General Mina, que despues de aliviarse en Francia, estaba en peor estado que cuando dejó á Navarra.

Por entonces el pueblo de Figueras asesinó á su Gobernador aprovechándose de que el grueso de tropas de la comandancia, andaba en operaciones, y obligando á la poca que le guarnecía á refugiarse al castillo. Mina encargó á ALDAMA que se constituyera en el lugar del crimen, que formase causa y castigase á los delincuentes, y para ello marchó sin otro refuerzo que el de un anciano secretario. La serenidad del General le salvó del gran peligro que en la ciudad corriera toda autoridad legitima; huyeron aquellos á quienes argüia la conciencia, la causa se formó, y el crimen hubiera sido castigado sino recibiera ALDAMA oficio del General en jefe para regresar á Barcelona. Habíase ésta sublevado: Mina, gravemente enfermo, delegó el mando en ALDAMA, que así alternaba de los riesgos de la guerra á los conflictos politicos: en la travesia halló al Gobernador de Tortosa huyendo del pronunciamiento de la ciudad, cuando aquel iba á entrarse en el de la capital en fuerza del cumplimiento de su deber. Coincidió con su llegada el recibo de la orden del gobierno para jurarse la Constitucion de 1812.

Intereses ilegítimos habian prevalecido sobre la mal acatada autoridad, hallábanse amortiguadas las operaciones de la guerra, y se habia hecho entender al gobierno que ésta tocaba á su fin. No era así: en ninguna provincia de España se alzó la rebelion mas rudamente; ALDAMA se hizo respetar; centralizando algunas fuerzas castigó á la faccion en Villafranca del Panadés y descubrió el estado de las cosas al gobierno. Este, envuelto en complicaciones de entonces, relevó á ALDAMA de Cataluña nombrándole Capitan general de Andalucía (17 de noviembre de 1836). De su mando en este distrito solo diremos, que despues de haber cesado en él, le eligió por su Senador.

1837.—En 21 de febrero renunció el mando de Valencia y en 20 de mayo aceptó el de Extremadura. Hizo salidas contra las facciones que osaban penetrar en el distrito, batiéndolas, y acuchilló á la de Pego con dos docenas de quintos. En 18 de agosto se le relevó del mando, sin que el general lo pueda atribuir á otra causa que al hospedage y muestras de afecto que prodigó á D. Ramon Narvaez, cuando en desgracia, llegó á Badajoz.

Por entonces recibió de Barcelona, como grato recuerdo que le conservaba, el título de su Académico de buenas letras.

1838 y 1839.—En 15 de octubre se le nombró segunda vez Capitan general de Andalucía, y en 25 de mayo Comandante general de la Guardia Real de caballeria, y se le declaró gran cruz de San Hermenegildo. Con dicha Guardia Real salió á la Mancha, salvó á Ciudad Real y ahuyentó á los carlistas en Villarrubia de los Ojos. En 26 de agosto fué encargado del Ministerio de la Guerra con retencion de la comandancia general.

Una expedicion facciosa cayó de sorpresa sobre Valladolid, que abandonaron el Capitan general y autoridades, y gran conflicto amagaba á Castilla. Espartero manifestó que no podia desprenderse de fuerzas ningunas para contener este golpe, y no habiendo otras que las del cuerpo de reserva, organizado en Andalucía por el General Narvaez, sin aplicacion en la Mancha ya pacificada, se nombró á este Capitan general de Valladolid, cuyo cargo renunció. La sensacion que ésta y otras contrariedades produjeron en el ánimo de ALDAMA, le obligaron á solicitar pertinazmente ser sustituido en el ministerio; lo fué por el Brigadier D. Francisco Hubert.

En 15 de octubre fué promovido al empleo de TENIENTE GE-



NERAL; luego en 12 de febrero se le nombró Capitan general de las Islas Baleares; despues en 24 de noviembre, se le trasladó al distrito de Granada, donde recibió la prueba de estimacion que los mallorquines le dieron, proponiéndole para su Senador.

En Granada se negó á cooperar con las armas para triunfar en las elecciones; el Gefe político sorprendió al gobierno con riesgos que no existian, y éste envió en posta al conde de Cleonard á encargarse del distrito; quedando admirado de la paz, y orden que reinaba en la provincia, y del aprecio que se habia conquistado ALDAMA.

1840.—En 24 de julio se le nombró Capitan general de Castilla la Nueva y en los dos meses que desempeñó este encargo, sobrevinieron sucesos que merecen particular consideracion.

Asi los refiere el General:

«Venian contrastando de tiempo atrás los partidos, y estaban en el mas alto grado de exacerbacion: el ruido del descontento amenazaba romper en la corte apoyado por su numerosa Milicia nacional. Para empeorar la situacion se realizó entonces un viaje á Cataluña de las Reales Personas, quedando en Madrid solamente tres ministros. La guarnicion se reducía á unos cuantos caballos de la Guardia, un escuadron de artilleria de la misma, y un corto batallon de la Reina Gobernadora. Reclamé de todas maneras y en todas partes algun refuerzo, y solo pude obtener el de dos medios batallones, 1.º del Rey y un Provisional.

«En diferentes Consejos de Ministros á que concurri, solo se me propuso para resistir la tormenta, que declarase á la corte en estado de sitio; pero soy demasiado severo en la observancia de las leyes para abarcar la responsabilidad de su infraccion: la doctrina reconocida entonces, era la de que jamás pudiera llegar este caso sino cuando apurados los medios de la autoridad civil, se impetrasen los de la militar, para restablecer el orden. Un escrito erudito del auditor D. José Maroto, despues Ministro del Tribunal supremo de Guerra, demostraba que ningun ministerio fué poderoso para proteger á los gefes militares acusados ante el Congreso como infractores, por haber puesto á Madrid en estado escepcional. Ademas, para sostener dicha resolucion, era necesaria una fuerza armada de que se carecia: los numerosos descontentos hubieran despreciado una amenaza estéril, y hubiera quedado el prestigio de la autoridad, sobre vencido, vilipendiado: la Milicia nacional no dependia de mis órdenes, sino de las del Alcalde primero.

«No me era dado hacer prodigios: lo único que podia ofrecer y ofrecí en holocausto de la disciplina, fué el sacrificio de mi persona, pero como corta defensa para tamaño empeño, supliqué se me eximiese del mando. D. Diego Entrena renunció la gefatura política á vista del tenebroso espectáculo que se preparaba y el Gobernador general Buerens se encargó del mando civil. Yo preferí sucumbir honrosamente á abandonar un puesto que alguien habia de llenar, porque aunque no me han gustado, jamás cedí ante los peligros. Resuelto á mi propio sacrificio adopté cuantos medios estuvieron en mi poder: hice imprimir el bando de estado de sitio para tenerle á punto en la coyuntura; señalé á los cuerpos de la limitada guarnicion los puntos que habian de cubrir sin otra orden, en caso de alarma, y lo fueron, á los del Rey, la plaza de Oriente para proteger los deshabitados Palacios de S. M. y los ministerios; el Principal y Puerta del Sol, como centro de operaciones, á los de la Reina Gobernadora; el Prado, á la caballeria y artilleria, apoyadas por el Provisional, cuyo cuartel era el Pósito: así quedaba cortada la poblacion y en mejor aptitud para acudir á los peligros hasta en sus confines. Envié al Retiro, último punto en que presagí deberme apoyar, á cuatro correos con que trasmitir avisos al exterior, y por último mandé á los subalternos que no se separasen de la capitania general á ninguna hora, para estar dispuestos á recibir órdenes.

«Las infinitas denuncias que de continuo recibia por mis particulares relaciones y ningunas por las autoridades, me afirmaban mas y mas en el convencimiento de que la revolucion iba á estallar.

«Para asaltar una brecha solo se necesita un valor muy comun, pues queda la gloria despues de la vida; pero no lo es tanto el del que se somete á perderla en el vano empeño de avasallar sin recursos á la opinion armada y compacta de un estenso pueblo. Pues este aspiré yo á merecer, ¡triste condicion de la obediencia militar! Llegó el tremendo dia *Primer de Setiembre*: desde por la mañana circulaba la noticia de la proximidad del rompimiento; previne al Gefe Político que sin pérdida de momento me anunciase el menor accidente que ocurriera, vestí de uniforme, puse en mi bolsillo las veinte onzas de oro, que poseia, y me constituí en el despacho de la capitania general. Al anuncio de que los tambores de los Nacionales tocaban generala y de que Buerens estaba detenido en el Ayuntamiento, monté á caballo; mi secretario D. José Caparrós, me agarró del muslo suplicándome que no saliera porque iba á ser víctima sin poder contar con un soldado; á lo que le repuse: «se engaña V. yo lo soy, y conmigo se puede contar, y si sucumbo, puesta llevo la mortaja.» Parti con la escolta de lanceros, tambien prevenida de antemano; halle á los del Rey en la plaza de Oriente, y á su cabeza marché á la Villa por el camino mas corto: al desembocar la calle del Luzon, me dieron el quien vive cuatro Nacionales y un cabo con las armas preparadas: me adelanté; reclamé respeto á mi autoridad y les dije que iba al Ayuntamiento; el cabo envió un individuo al átrio de este, cuya puerta se entreabrió para que entrase el Nacional, salió un paisano con fornitras y fusil, y sin mas prevenciones, me apuntó y disparó. Esta fué la señal: los cuatro hombres hicieron lo mismo, volviendo las cabezas horrorizados de su crimen; oyóse una descarga de los que se ocultaban en las casas de la plazuela, desierta á la vista, y caí con el caballo muerto instantáneamente atravesado cráneo y pechos de numerosas balas. Aunque contuso del golpe, me levanté observando que algunos cazadores que venian á la cabeza del batallon del Rey se pasaron en el acto á los agresores; fui al encuentro de la tropa y escolta que tuvo algun caballo herido, y habian hecho alto á la

entrada de la calle, y allí el Comandante del referido batallon manifestó con términos sumisos, que sus oficiales y soldados, no querían batirse con la Milicia y pueblo. Despues de mis reconvencciones; se VV., les dije, á su cuartel, encierrense en él y no agraven el caso; den;» fuéronse y quedé solo; se me acercó entonces el General D. Manuel Lorenzo con escolta de Nacionales: venia á suplicarme que fuese en persona á salvar al batallon de la Reina Gobernadora, que detenido en la embocadura de la calle de Postas se hallaba bajo los tiros de cuatro de Nacionales apoderados del Principal, gradas de San Felipe, casa del conde de Oñate y demas de la calle Mayor y Puerta del Sol. Los términos con que calificué la conducta de Lorenzo no importan para el caso: los Nacionales con la vista baja daban muestra de convencimiento y respeto. Era preciso salvar á los de la Reina Gobernadora; monté en el caballo de un soldado y eché solo por la calle del Arenal. Lorenzo y los Nacionales me siguieron: al desembocar á la Mayor, retumbó el grito de vivas á la Constitucion; me presenté á aquellos, y armas al hombro los pasé por delante de las gradas y casa de Correos y por la calle de Alcalá nos dirigimos al Prado. Ya estaba allí la caballeria y artilleria, y en el Pósito, el Provisional: mandé que conservando éste su cuartel se situase en el suyo la artilleria; escaloné á los de la Reina en la cuesta del Retiro y coloqué á la caballeria en su ancho patio. A los pocos momentos los del Pósito salieron, oficiales y soldados, del brazo de los paisanos haciendo causa comun con el Pronunciamiento. No me quedaba otra infanteria que el medio batallon de la Reina: con un piquete aseguré la puerta de salida en lo reservado, y con los antes dispuestos correos despaché avisos á los puntos del distrito donde habia algunos destacamentos, con orden de que se me reuniesen en Tarancon, y envié tambien un parte del acontecimiento á Valeneia, donde se hallaba la corte.

«Dos batallones de Nacionales ocuparon las casas de Medinaceli y Villahermosa, para tenerme en jaque: no calcularon que sobraba prevencion para quien abandonado de todos, únicamente podia cañonear algunas casas, sacrificar á un puñado de leales y morir ensangrentado y maldecido estérilmente por propios y extraños.

«La junta provisional creada en el instante, me dirigió oficios invitándome á tomar parte en sus disposiciones: los rechacé, la hice responsable de las desgracias que sobrevinieran, y recomendé al inofensivo vecindario; en tal situacion permanecí el resto de aquel dia, con el desengaño y desconsuelo de que solo me ofrecieran su apoyo tres personas, entre las que estaba el venerable duque de Castrotorreño. Por la noche dispuse salir por la puerta de lo reservado: al verificarlo vino el gefe del batallon Reina Gobernadora á manifestarme, que éste desde la cuesta del Retiro, se habia unido á los Nacionales y así con la caballeria y artilleria de la Guardia, unica, escasa, pero fiel tropa que me quedaba, salió á la alta hora de las doce camino de Tarancon. Á este punto acudieron los cortos destacamentos que convoqué desde el Retiro é hicieron su viaje en valde, porque desde sus cantones se fueron al Pronunciamiento. D. Narciso Claveria condujo luego tres ó cuatro batallones desde Valencia, con los que formé un cuerpo disciplinado que entregué con el mando del distrito, á los pocos dias, á D. Diego Leon.

«En 6 de setiembre fui nombrado Capitan General de Granada, á donde no pude ir, porque como la mayor parte de España, se habia levantado y manejaba por una junta. En Tarancon, supe que muchos gefes de los cuerpos de Madrid se disputaron la primacia en abandonarme; lei las mas duras calificaciones por la conducta austera que habia observado; los periódicos ridiculizaron mi alocucion á la Guardia en gratitud de su fidelidad, y por último dieron la fausta noticia de que habia sido asesinado por mi propia tropa ¡Atroz calumnia á los que fueron modelo de subordinacion! «Con pasaporte para el extranjero que me remitió el ministro de la Guerra, General Azpiroz, marché á Valencia escusando entrar en las poblaciones, porque mi presencia contradecia los regocijos que se tributaban al General Espartero, de vuelta de Madrid con los Ministros nuevamente nombrados. Me presenté casi de incógnito á S. M. la Reina Gobernadora pidiéndola (sin éxito) un asilo en el mismo buque en que se fué á Marsella; lo hice al General Espartero al que debí la atencion de ofrecerme pasaporte y del que no hice uso por que tenia el de Azpiroz; marchandome en un vapor á Francia sin otro consuelo que los abrazos de mi hijo único que me acompañó á bordo.»

El General ALDAMA, abiertas las Cortes se presentó en el Senado donde le llamaba su deber. Algunos despreciables creyeron obra meritoria su asesinato y tuvo aquel ocasion y muchos avisos para convencerse de que lo iban á ejecutar: resignado á tan feroz estrella, pidió pasaporte para las Provincias que le negó el Regente del Reino cuando se fué á despedir de él; y por último logrando que se le olvidase, vivia en el oscuro recinto de su casa, cuando el ministro D. Agustin Nogueras, viendo en la escasez reducido á las pocas pagas que cobraban entonces las clases pasivas, á su General de la Isla Margarita, le nombró suplente del Supremo tribunal de Guerra y Marina, y en tal situacion sobrevinieron los sucesos de 1845.

Supuestos estos, el General ALDAMA estaba llamado á las mas elevadas posiciones como tributo de sus servicios, de sus riesgos y padecimientos; pero no ha sido así: ignoramos la causa. A fines de 1845 se le ofreció la Capitania general de Puerto Rico á donde no fue, sin saber nosotros tampoco el motivo: el General se ha abstenido de darnos detalles sobre estos particulares, sabemos que se admitió su renuncia de suplente del consejo de la Guerra y que desde entonces se halla de cuartel en Madrid; y concluimos esta biografia con las siguientes palabras del General.

«Si algun dia me decido á escribir detalladamente los actos de mi vida, demostraré que no es la fortuna comunmente fruto de los que se consagran al servicio de su Patria.»